

los dos quereis que salga libre? Respondiéron todos, sin quedar ninguno, con grandes voces y gritos: quítanos de ahí á ese, y entrérganos luego libre á Barrabás. ¿Pues qué quereis que haga de Jesus, que se dice Cristo? replicó Pilato. Respondiéron todos, que le crucificase. Replicó Pilato á toda la multitud: ¿qué ha hecho para que le crucifiquen? Como si digera: entre tantos cómo estais ahí, diga alguno si le ha visto hacer alguna cosa mala, y con eso yo le crucificaré. Volvian con mayores voces, diciendo que le crucificase. Atiende ahora, cristiano, con toda la consideracion de tu alma á esta porfiada maldad. Mira qué bárbaro y ciego pueblo, que el domingo ántes, contra la voluntad de sus príncipes y pontífices, le aclamaron por Hijo de Dios, y ahora todos juntos lo tienen por peor que Barrabás: entónces digeron, viva, viva; y ahora todos dicen, muera, muera. Mira lo que puede el interes junto con los ruegos de los mayores. Pídele á Dios que te libre de lo uno y de lo otro.

MISTERIO SEGUNDO.

De los Azotes que diéron al Hijo de Dios, amarrado á la Columna.

280. Considera cómo Pilato, viendo la porfía del maldito pueblo, les dijo: ¡ó gente maldita! ¿Quereis matar al inocente? pues no ha de ser como pensais (así puedes tú considerar las palabras del evangelio;) que por satisfacer vuestro odio y rencor, le mandaré castigar, y luego le daré por libre. Ellos claman con muchos mayores clamores, que no, sino que lo crucificase; mas no haciendo caso de sus gritos, mandó que entrasen al Señor al patio de su casa, y atado á un pilar, le azotasen los verdugos. Ea, alma cristiana, prepárate para ver el mayor de los espectáculos que hasta entónces se habia visto, ni jamas verá el mundo: éntrate al patio de Pilato, y con gravísima atencion aplica la consideracion á cuanto vieres y oyeres, que es todo muy amargo, triste y lamentable. Considera lo primero como los verdugos arrebataron al Señor, y con gran furia y desvergüenza le van desnudando y arrojando por el patio sus vestiduras

y le dejan de todo punto desnudo como el dia en que nació (segun dice Santa Brigida), á la vergüenza, delante de tanta gente, y todos desvergonzados, impíos y crueles, que hacian burla y mofa de su divina Magestad. Sea esta sola la primera consideracion de este tan doloroso paso. Piensa que ves á tu Dios todo lleno de vergüenza, confusion y dolor; porque mas sintió su Magestad divina verse desnudo a la vergüenza, que todos los tormentos de su santísima pasion. ¡Qué vergüenza para un Rey, para un Pontífice, para un noble, y sobre todo, para una persona vírgen, honesta y pura, verse desnuda delante de gente ruin, y en público! ¡Qué confusion! Qué dolor! ¡O Rey supremo del cielo y tierra! ¡O Pontífice sumo de la Iglesia triunfante y militante! ¡O nobilísimo, purísimo y santísimo Señor! ¡Quién tendrá palabras ó entendimiento para ponderar la grandeza de la afrenta, confusion y vergüenza de vuestra divina Magestad? ¡O desvergüenza humana de los hombres! ¡Desnudais al que viste de gloria á los ángeles, de hermosura los cielos, de luz las estrellas, de amenidad los valles y de flores los campos! Mas ¡ó altísima providencia, bondad y amor incomprehensible de nuestro Dios! Desnudóse el hombre de aquella gala hermosa de la inocencia con que lo habíais vestido en el paraíso, y se quedó desnudo delante de vos y de vuestros ángeles, vestido de confusion y vergüenza á vista de sus enemigos los demonios, que hacian burla y mofa de él, viéndolo cubierto de las tristes pieles de Adán; y vos, inocentísimo Señor, os desnudais para vestirnos: os vestis de nuestras ignominias para vestirnos de vuestra inocencia: os vestis de nuestra confusion, para vestirnos de vuestra honra. Estabamos desnudos y avergonzados, y no nos atreviamos á parecer delante de vuestro Eterno Padre, y en vuestra soberana corte delante de los grandes de vuestro reyno; y vos, Rey soberano, os desnudais de vuestras reales vestiduras, y nos las dais, para que por ellas honrados, podamos parecer; y os quedais vos desnudo á la vergüenza, para pagar por mi desvergüenza: yo estaba afrentado, y como tal no me atreví á parecer; y vos decis: dame, dame acá tus afrentas, y toma mis honras: vístete como hombre honrado, que yo seré por ti deshonorado. ¡O alma cristiana! toma las vestiduras de tu Dios, pónelas, y primero quítate las pieles de animales muertos: desnúdate, y vístete, pues tu Dios se desnuda

para vestirme. ¿Tendrás por ventura vergüenza de quitarte el sambenito, y vestirme las vestiduras de tu Dios?

281. Considera cómo habiendo desnudado á nuestro Salvador, como dice santa Brígida, le mandaron que se fuera á una columna de aquellas que sustentaban el pórtico, que era una columna alta de mármol, y gruesa, como dicen Beda y otros.* Fuése el Señor por su pié con grande confusion: llegó á la columna, y el mismo Señor, abriendo sus brazos santísimos, se abrazó con ella: y luego como dice el beato Alano,† le ataron, lo primero, con la soga por la garganta; lo segundo, por las manos, tan fuertemente, que le descoyuntaban los brazos, y sobre tener las muñecas ya desolladas, derramaban mucha sangre; y por último le ataron con otra soga por las piernas, de manera que no podía moverse á parte alguna. ¿Tanta soga, Señor de nuestras almas? ¿Tantas ataduras, y por todas partes? ¿No bastaba que atasen vuestras santísimas manos? ¿No bastaba una soga? No, dice San Agustín,‡ porque no es sola una ligadura, con que quedó ligado el hombre, y nacen ligados los hijos de Adán: son tambien muchas las ligaduras y sogas de los pecados, con que el demonio tenia ligados y presos á los hombres: con los pecados de palabras les tenia ligadas las lenguas: con las malas obras les tenia ligadas las manos; y con los malos afectos y deseos les tenia atados los pies. Quiere el Señor poner en libertad á nuestras almas, y les quita las ataduras, y se deja atar con ellas, para que ya la lengua, que estaba atada para las divinas alabanzas, alabe con libertad al Señor: las manos, que estaban ligadas para las obras del servicio de Dios, libremente puedan obrar; y los afectos, que estaban atados á la carne y al mundo, libres de todo impedimento se vayan á su Criador, y quede el hombre libre de los lazos del mundo; y atado firmísimamente con las ligaduras de la caridad y amor, queden ligados á la piedra Cristo, y á la columna que guia por el desierto á los hijos de Israel:§ que por eso dijo el Señor, que con las sogas de Adán atraeria á los hombres en los lazos de la caridad.¶ Como quien dice: viéndome ellos atado á una piedra con las ligaduras de sus pecados, se dejarán ligar con las de mi amor. Ea, pues, alma, déjate atar de piés y manos á esta divina piedra. Es poderoso tu amor para

* De Loc. 5.
§ Exod. xiii. 21.

† Part. iv. cap. 7.
¶ Osee xi. 4.

‡ Psalm cxviii. 61.

atar de piés y manos á tu Dios; ¿y no será poderoso el amor divino para atarte á ti á tu manso, amoroso y apacible Dios? Ofrecele tu cuello, tus manos, tus piés, tu cuerpo y tu alma, y pídele que te ate, que te sujete y te rinda á sus divinas inspiraciones y mandatos. ¿Mas quién no se dejará atar de un Dios, cuando Dios se deja atar de unos crueles verdugos? ¿Quién huirá de aquellas blandas y amorosas manos, y de aquellos lazos dulces y regalados de su amor, viéndole atar de manos impías y terribles con sogas tan ásperas y tan duras?

282. Considera cómo ya atado el Señor, abrazado, pegado con aquel frio mármol, está demudado de semblante, lleno de temor, y temblando todo su santísimo y delicadísimo cuerpo, esperando los azotes, para que se prevenian aquellos impíos, perversos y malditos verdugos; y para que mejor y mas de raiz lo consideres todo, piensa lo que dice mi glorioso padre San Bernardo y otros:* que los Judíos, viendo que Pilato le mandaba azotar para luego darle por libre, se llegaron á los soldados, y les diéron dineros, y les hiciéron promesas de mucho mas, si lo mataban con los azotes; y así, que se juntasen, y escogiesen los mas robustos y de mayores fuerzas, y que en todo caso tirasen á matarlo. Con esta prevenicion considera, como al punto se señalaron los mas feroces para este efecto; y aunque algunos contemplativos dicen que fuéron cuatro, y otros que fuéron seis; pero en la vida de Santa María Magdalena de Pazzis se lee,† que el Señor le reveló, que fuéron sesenta los señalados en crueldad, número y fuerzas para azotarle. Mira si lo tomaron de veras, pues eligiéron sesenta verdugos crueles. ¿O inaudita crueldad! Piensa ahora, que siendo tantos, no habian de escoger todos un género de azote, sino cada uno conforme le dictaba el demonio, junto con su crueldad, y mas cuando su intencion era quitarle la vida; y así dice San Vicente Ferrer,‡ que los azotes eran de varas de espino, todas cuajadas de espinas: otros hiciéron azotes de juncos marinos, que eran otras varas correosas, y todas cubiertas de largas y gruesas espinas; otros hiciéron azotes de cordeles, pasados de penetrantes puntas de acero; otros cogiéron cadenas de hierro, con los eslabones retorcidos; y el beato Alano dice,

* Serm. 20. in Cant. & Psalm viii. c. 10. q. 9. & S. Chrys. hom. 83. in Joan.
† In vita sua, pag. 532.

‡ Serm. 6. in Par.

que eran de nervios de toro secos y retorcidos, de coyundas de carretas, de látigos de cáñamo, con unos alacranes de hierro en las puntas, que encarnaban y despedazaban la carne; y de plumadas, que era un látigo con bolas de plomo en las puntas, el cual era por naturaleza mortal; porque cogia aire, y daba un golpe como balazo en el cuerpo, y así á pocos golpes de estos murióeron muchos mártires. Ves aquí, cristiano, ocho géneros de azotes con que azotaron á tu Dios. Piensa que estás viendo á los sesenta verdugos, que con toda diligencia se estan armando con ellos, y atiende al mas delicado de los nacidos atado y amarrado á aquella columna, esperando este martirio, y que la naturaleza habia de hacer su oficio, y habia de estremecerse con repetidos temblores, y que el semblante santísimo estaba descolorido y afigido. Advierte que levanta al cielo los ojos y á su Eterno Padre, porque en la tierra no tenia á quien volverlos; porque cuantos le tenian cercado le deseaban beber la sangre. Compadécete de la afliccion y angustia en que le ves, y ofrece tu cuerpo al Señor, y pídele que se reparta este castigo entre los dos: que por cualquier azote que le excuses, te tendrás por muy dichoso. ¡Mas ay! que te dirá que te apartes de allí; porque si los azotes de sus amorosas manos no quieres llevarlos con paciencia, siendo tan piadosísimos y suavísimos, ¿cómo quieres tolerar los que vienen por manos de los ministros del demonio, siendo tan crueles?

283. Considera cómo todo aquel egército de Satanas se llegó al Señor, vibrando cada uno el azote en las manos: y como advirtiéron el temblor del sacratísimo cuerpo, y el color del rostro demudado y descolorido, le digeron muchos oprobios y afrentas; como quien dice: ¿qué, tiembla? ¿Qué, tiembla? ¿No dice él que es Hijo de Dios? Pues dígale á Dios, que le libre de nuestras manos; que por mas que le clame, no haya miedo que lo haga, porque de ellas no ha de salir con vida. En esto se le acercaron dos verdugos con las varas, y alzando los brazos con toda la fuerza que tenian, se las enterraron en el divino cuerpo, clavándole juntamente las espinas. ¡O qué dolor! Hizole estremecer todas las entrañas, y las lágrimas saltaron en dos arroyos de sus divinos ojos. Prosiguen los crueles, y le van surcando todo el cuerpo de piés á cabeza: empieza á correr en abundancia la sangre, rómpense las varas, cogen otras de nuevo, y prosiguen con nuevas fuerzas, hasta que se rinden los dos. Considera

que en el mundo no ha habido cuerpo de niño tan delicado como era el del Señor: y dijo nuestra Señora á Santa Brígida, que era su delicadeza tanta, que con el mas pequeño golpe que se diese, luego le saltaba la sangre. Mira tú ahora cuánta sacarían los dos verdugos con las varas, hasta que se cansaron sus malditos brazos.

284. Considera cómo cansados aquellos dos, entraron otros dos con el azote de juncos, que aun son mas sensibles que las varas, porque tienen mayores espinas, son mas correosos y se ciñen mas al cuerpo: esos pues añadiendo heridas sobre heridas, le volviéron á herir todo el santísimo cuerpo de piés á cabeza con terrible crueldad, hasta que se rindiéron, y la sangre corria con mayor abundancia por el suelo, porque cada golpe de las varas ceñia el santísimo cuerpo, y se entraban en él como si fuera una cuchilla; y las espinas, que eran largas, y como clavos, se clavaban hasta los huesos, se quedaban clavadas, y sobre ellas descargaban golpes, y las unas entraban por el hueso, las otras por los vacíos, y las otras se quedaban dentro con gran dolor: el alma batallaba por instantes con la muerte; y entre desmayos mortales, ocasionados del dolor, se le cubria de un sudor frio el santísimo rostro. Mira bien en cuánto aprieto y afliccion le ponen, y mira que está solo, y no hay quien les diga á aquellos crueles verdugos que se vayan á la mano, ni ellos, aunque se lo digieran, lo hicieran, porque tenian orden de matarle.

285. Considera cómo fatigados los cuatro verdugos y rendidos, llegaron de refresco otros dos con los mismos azotes; y, como dice San Bernardo,* desataron al Señor, y volviéndole las espaldas á la columna, le azotaron por el pecho y por el estómago, vientre, muslos y piernas, hasta los piés, cubriéndolo todo de llagas por delante, como por las espaldas. Este fué el mayor y mas cruel martirio; porque cogia las partes mas sensibles, que eran el estómago y vientre sagrado, en donde los golpes son mortales por naturaleza. Por último se fatigaron estos dos, y dándole á nuestro Señor con las varas por su santísimo rostro, se fuéron á descansar con los demas. Mira al Señor qué quebrantado queda, caída sobre el pecho su divina cabeza, y todo tan lleno de sangre y de grandes heridas, tantas, que en todo el santísimo cuerpo no habia parte que no estuviese llagada y chorreando arroyos

* Serm. 20. in Cat. S. Anselm. tract. de Pas.

de sangre, y el Señor temblando con repetidos desmayos, de manera, que si no le tuviéran las sogas contra la columna, allí se hubiera caído como muerto.

286. Considera cómo llegaron otros dos verdugos con los nervios de toro; y como estaba atado con las espaldas hácia la columna, empezaron á descargar por el pecho sagrado, por estómago y vientre. Ya estaba tal el Señor, que todos los presentes se persuadian que le habian de acabar aquellos dos la vida; y ellos por llevarse la palma de la victoria y el regalo de los pontífices, apretaban mas las manos, haciendo todo el esfuerzo posible. ¡Mira cuál le pondrian! ¡Qué hinchado el pecho! ¡Qué denegridos entre la sangre roja el estómago y vientre! ¡Qué ensanchadas todas las heridas! ¡Qué hinchados y abiertos los muslos! ¡Qué monstruoso todo el santísimo cuerpo por delante! Y no dudes que tambien le daban muchos golpes en el santísimo rostro; y así le diéron hasta que los nervios se ablandaron en la sangre, y ellos se rindiéron: y el Señor, puedes considerar, que de esta vez fué visto por muerto de muchos, y que se quedaria como colgado de los brazos y del cuello, en representacion de moribundo, boqueando. ¡O corazones de piedra! ¡Y que hubiese hombres que pudiesen ver con sus ojos una tan lastimosa carnicería, y que no solo no tuviesen compasion, sino que ántes se alegrasen, teniendo por consuelo el verle agonizar! ¡O poderosísimo Criador y Dios Eterno, que os dejais así tratar de vuestras mismas criaturas! ¡Que les esteis dando la vida, los brios y las fuerzas contra vos mismo! ¡Qué se puede decir de tal bondad? ¡O alma! Mira que no te da la vida, la salud y fuerzas para que tú las emplees contra él: no seas insensata, vuelve en tí, y empléalas en servir á quien te las da: muévate aquella paciencia, aquella mansedumbre y aquel amor.

287. Considera cómo llegaron otros dos verdugos, rendidos aquellos, y le volviéron á desatar, y pegándole el pecho contra la columna, y atándole fuertemente, cogiendo otros nervios de toro secos y retorcidos, volviéron á descargar por las espaldas santísimas: abrian las heridas de las varas, y sobre aquellas cruzaban otras, y la sangre corria y salpicaba á los verdugos sus malditas caras, brazos y vestidos; y como se iban ablandando los azotes, daban unos chasquidos y golpes, que se oian muy léjos. Mira, alma cristiana, que te matan á tu Dios á puros azotes: llégate por allí, y riñe á aquellos

cruelles verdugos: díles que no sean tan inhumanos y bestiales; que con eso se enojarán contigo, y descargarán sobre tí, y cesarán de herir á tu Señor. Mas ¡ó amantísimo Corde-ro! que aunque ellos se vuelvan contra mí, quedan muchos mas, porque son sesenta los verdugos; y aunque dos se encarnicen en mí, quedan mas de cincuenta para vos: no tienen en lo humano remedio vuestros tormentos. Válgaos, Señor, vuestro Padre Eterno: válgaos vuestro divino poder, que entre los hombres no hay quien os valga, ni quien se compadezca de vos. ¡O almas, y qué caro le costais á este Señor! ¡O ingratitud estupenda, impía y ciega la mia, que sobre tanto como por mí padecisteis, tengo corazon para ofenderos! ¡O sangre derramada de mi Dios, que ablandais esos duros látigos, y calentais esos frios mármoles, ablandad la dureza de este miserable y duro corazon: derretid el hielo de esta dura y fria alma, para que deshecha toda en lágrimas, llore sin consuelo mi ciega y obstinada vida, y el detestable olvido con que he vivido siempre, sin acordarme de la infinita caridad de mi Dios! Piensa, alma, como tambien se cansaron estos verdugos, y se retiraron, dejando el santísimo cuerpo disformemente hinchado y denegrido, y tan bañado en sangre, como si lo hubieran metido en una tina hasta la cabeza.

288. Considera, cristiano, de la forma que está tu Redentor. Ya no tendrás mas corazon para ver y considerar esta crueldad, y ya te parecerá que no hay mas azotes, ni mas verdugos: pero te engañas, porque ya te dejé dicho de San Vicente Ferrer y del beato Alano de Rupe, que los azotes con que azotaron al Señor fuéron en ocho diferencias, y los verdugos que le azotaran fuéron sesenta. Anímate pues, y ve prosiguiendo, y haz cuenta que ves llegar otros seis verdugos con los látigos, pasados de puntas de acero: y digo seis, porque á cada género de azote correspondian seis y mas verdugos. Estos prosiguiéron con el martirio, no solamente azotando, sino tambien clavando con las puntas todo el santísimo cuerpo: y así verás que las puntas de acero rompen las venas, se clavan en los nervios, y pican los huesos, y queda todo el santísimo cuerpo, por las espaldas, por delante y por los lados, no solo inhumanamente azotado, sino todo tan picado, como si con lesnas le hubieran ido punzando todo. Así lo dejaron los seis cansados, unos despues de otros, teniendo por imposible el acabarle de matar; porque cuando